UN CORAZON

DE MUGER,

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

DE

D. VICTOR BALAGUER.

BARCELONA,

IMP. Y LIB. DE LA SEÑORA VIUDA Y HIJOS DE MAYOL, EDITORES,

CALLE DE FERNANDO VII, NÚM. 29.

1848

Este drama es propiedad del editor de las Joyas del Teatro, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualquiera Teatro del reino, ó en cualquiera de las sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Mayo de 1844 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

A M.***

Hace pocos dias, al llegar yo una tarde á su casa de V., la encontré á V. sentada junto á aquel balcon al cual van enlazados tantos recuerdos y al cual tanto cariño profesamos.

Sus ojos de V. estaban preñados de lágrimas, lágrimas arrancadas al corazon de la muger por las últimas páginas de la novela : UN DRAMA AL PIÉ DEL VESUBIO.

Por enjugar con mis labios aquellas lágrimas, bien sabe V. que como Fausto hubiera vendido mi alma.

Recuerdo que me dió V. á leer dichas páginas diciéndome :

— Como me gustaria que en este desenlace encontrara V. pié para un drama !

Leí las páginas, señora, y aquí tiene V. el drama.

Victor Balaguer.

Personas.

El conde GUSTAVO DE SAN LUIS.
VICTOR ROSAL.
El marqués JACOBO GIORDANI.
TERESA DE SAN LUIS.
BLANCA FLORENCINI.
LORENZO. } criados de la casa del conde.
MARIA. }

Año 1834.

La escena pasa en los actos primero y tercero en una quinta del conde de San Luis situada al pié del Vesubio. En el segundo en el interior del Teatro de San Cárlos de Nápoles.

Los actores están puestos al principio de cada escena segun el órden en que deben colocarse.

UN CORAZON DE MUGER.

ACTO PRIMERO.

TERESA.
GUSTAVO DE SAN LUIS.
VICTOR ROSAL.
EL MARQUES GIORDANI.
LORENZO.
MARIA.

Casa de recreo del conde en las inmediaciones de Nápoles.

Aposento ricamente amueblado. — En el fondo una puerta vidriera que da á los jardines. — Puertas laterales. La de la izquierda es el gabinete del conde. La de la derecha conduce á las habitaciones de la quinta. — En segundo término á la izquierda, la puerta del gabinete de la condesa — En segundo termino á la derecha, una ventana.

ESCENA PRIMERA.

MARIA *con un plumero en la mano, asomada á la ventana,* LORENZO *que sale del gabinete del conde con una carta.*

LORENZO. Eh! que tal!

MARIA. (*Volviéndose azorada y no pudiendo reprimir un grito.*) Ay! me habia V. asustado... creia que era el amo.

LORENZO. Si, el amo! Vaya un cuidado que á V. se le dá del amo... siempre holgazaneando, siempre asomada á la ventana.

MARIA. Es que estaba mirando el volcan, señor Lorenzo.

LORENZO Y que tiene V. que ver con el volcan?

MARIA. Despide hoy desde el amanecer un humo muy negro, muy intenso, y esto dicen que es mala señal. Si fueramos á tener una esplosion... Ay! señor Lorenzo, tengo un miedo...

LORENZO. Pues si tiene V. miedo, vayase V. á paseo con cien pares de demonios.

MARIA, Jesus! que mala mosca le ha picado á V. desde hace quince dias? Antes era V. tan bonachon, tan servicial.

LORENZO. Antes... antes!

MARIA. Se va V. volviendo como el amo que es tan severo, tan rígido, con tan pocas palabras... No asi mi pobre señora tan buena, tan amable... y á propósito, sabe V. que he notado, señor Lorenzo?

LORENZO. Que ha notado V. vamos á ver? Siempre será alguna majadería.

MARIA. Majadería... ya! Esto desearia yo.., no que ahora...

LORENZO. Acabará V.?

MARIA. He notado que el ama tiene penas. Algunas veces la he sorprendido con los ojos hinchados como si hubiera llorado; está triste, cabizbaja... en fin, no es ella misma!

LORENZO. No es ella misma, eh!

MARIA. He notado tambien que pasa muchas noches en vela...

LORENZO. En vela. Y que hace?

MARIA. Que se yo! llorar sin duda. La pobre sufre mucho... Y he notado tambien...

LORENZO. Acabará V. de haber notado? Vamos, que mas ha notado V.?

MARIA. Digo que me parece haber notado que... vamos, que se yo... asi... como si estuviera celosa del señor conde.

LORENZO. Celosa! (*Aparte.*) Tambien lo ha reparado ella!

MARIA. Si señor. Ay! señor Lorenzo y que daño debe causar el tener celos!

LORENZO. Si, efectivamente, comprendo que debe ser cosa.... (*variando repentinamente de tono.*) Pero, vamos á ver y á V. que le importa esto?

MARIA. Ay! á mí nada, señor Lorenzo.

LORENZO. Pues entonces, si á V. no le va ni le viene, á que meterse en curiosear y andar averiguando la vida de los amos?..

MARIA. Pero...

LORENZO. No hay pero que valga.... Es V. una holgazana, señora Maria. Mas valiera que cumpliera V. con su obligacion y no se me-

670575

tiese en camisa de once varas...

MARIA. Pero si digo...

LORENZO. Digo! digo!.. Lo que yo digo es que no dejará V. de ser nunca una bachillera, una...

ESCENA II.

LORENZO, MARIA, TERESA *que sale de su gabinete.*

TERESA, Que es esto? Riñendo ya!

MARIA. Es que el señor Lorenzo...

TERESA. Bueno, bueno, no quiero saberlo. Vete á arreglar el salon. No quiero gritos, me aturden las riñas, no permito discusiones en mi casa.

(*Maria sale por la puerta de la derecha. Teresa va á sentarse languidamente y como postrada en un sillon.*)

TERESA. (*Mirando con disimulo á Lorenzo*) Lleva una carta en la mano. (*Alto á Lorenzo que atraviesa el teatro disponiendose á salir por la puerta de la derecha.*) A donde vas, Lorenzo?

LORENZO. (*Confuso*) Iba...

TERESA. A donde ibas?

LORENZO. A un recado.

TERESA. Y esa carta?

LORENZO. Tengo que darsela á Pedro para que vaya á la ciudad á echarla al correo.

TERESA. A ver. Dámela.

LORENZO. Es que...

TERESA. (*Can tono casi suplicante*) He dicho que me la dieras, Lorenzo. (*Lorenzo se la entrega.*) No me habia engañado: es para ella. Tres cartas en un mes! (*Leyendo el sobre*) «A la señora Blanca Florencini, Londres.» Me quema los labios este nombre cada vez que lo pronuncio.

LORENZO. Señora...

TERESA. Toma. (*Devolviéndole la carta*) Dale esta carta á Pedro, como tu amo te ha dicho... Que no vaya á perderla! Es... es para una amiga nuestra.

LORENZO. (*Ap.*) Pobre señora! (*Vase por la derecha*)

ESCENA III.

TERESA.

La Florencini!.. Todos los que la han visto dicen que es bella. . Oh! no tendrá celos. Los celos devoran. (*Pausa*) Si, los celos queman el corazon. En una mañana se marchita una flor; en un año se agosta una belleza! Tambien decian antes que yo era hermosa.

ESCENA IV.

TERESA, MARIA (*por la derecha.*)

MARIA. Un caballero pregunta por el señor conde.

TERESA. Entrale recado. Yo me retiro á mi cuarto; no quiero ver á nadie.

(*Maria entra en el gabinete del conde y á poco sale marchándose por la misma puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

VICTOR ROSAL, LORENZO, *por la puerta de la derecha.*

ROSAL. Por vida! quien me habia de decir que un dia te volveria á ver, que un dia volveria á hallarme con Lorenzo, con aquel Lorenzo Quitagozos, como te llamaban en Madrid, tan charlatan, tan aficionado á las muchachas guapas y... y al buen vino.

LORENZO. Ya decia yo cuando le he visto á V.. esa cara no me es desconocida! pero cómo habia yo de acordarme del señor Victor Rosal, aquel mala cabeza, aquel tronera, aquel calaverilla, aquel...

ROSAL. Mira, suprime los títulos. No me gusta darme importancia. Y tu amo?

LORENZO. Tan bueno... el mismo que antes. No ha variado ni en un ápice.

ROSAL. Me han dicho que se ha casado?

LORENZO. Pues le han dicho á V. la verdad.

ROSAL. Un nuevo mártir. Como ha de ser! Háyale Dios perdonado. Y dime, qué tal es su muger?

LORENZO. Guapa moza, á fé mia.

ROSAL. Española tambien?

LORENZO. Italiana.

ROSAL. Buena?

LORENZO. Como un ángel.

ROSAL. Amable?

LORENZO. Como ella sola.

ROSAL. Rica?

LORENZO. Como un sultan.

ROSAL. Y celosa?

LORENZO. Como un turco.

ROSAL. Guapa, rica y celosa! Bah! pues entonces no me parece que haya cometido tan gran disparate. La última circunstancia es la

única de que la dispensaria de muy buena gana. Los celos de una muger, y de una italiana sobre todo, suelen ser fecundos en resultados... desastrosos.

LORENZO. Esto la afea algun tanto, si señor. Si viera V! es tan amable, tan bondadosa, tan buena para todos! Es lo que se llama un ángel de perfeccion, quiere á su esposo con idolatría, pero la devoran los celos. Le parece que todas las mugeres quieren robarle su marido y le tiene prohibido hablar con ninguna.

ROSAL. Prohibicion es que haria yo todo lo posible para... no cumplir. Me gusta lo vedado; soy hijo de Eva.

LORENZO. Ahí viene el señor conde. Les dejo á Vs. solos. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI.

SAN LUIS *por la primera puerta de la izquierda*, ROSAL.

SAN LUIS, Como! Eres tú, Victor, amigo mio! (*Se abrazan.*)

ROSAL. Yo mismo, yo mismo en cuerpo y alma. Aprieta, pues, *corpo di Baco*! como dicen los moradores del pais en que estamos; aprieta, *venireoieu*, como dicen los habitantes del pais de donde vengo; toca estos cinco, canario! como decimos los españoles.

SAN LUIS. Tú siempre el mismo.

ROSAL. Siempre, pero correjido y aumentado. Antes juraba no mas que en un idioma, ahora juro en tres.

SAN LUIS. Y de cuando acá por estas tierras?

ROSAL. Desde esta mañana.

SAN LUIS. Y llegas de Francia?

ROSAL. Si, de Paris.

SAN LUIS. Cuéntame, hombre, cuéntame. Debe ser larga tu historia, desde que no nos hemos visto.

ROSAL. No creas, es por el contrario muy corta.

SAN LUIS. Como dejaste nuestra España, nuestra cara patria?

ROSAL. Nuestra cara patria estaba muy enferma cuando tuvo el disgusto de perderme, y desde que yo estoy fuera, ha ido de mal en peor. La revolucion ha improvisado generales y yo me improvisé poeta en alas de la revolucion. Ya sabes, yo siempre aficionado á las musas... Me dí á volar por esos mundos de Dios, sin salir de Madrid, se supone... Me dividí en fragmentos, es decir en himnos patrióticos que obtuvieron un éxito asombrosamente colosal. Cobré fama, me remonté á las nubes, me proclamaron poeta á la faz de todos los concurrentes al café de la Reyna, y sufrí tambien mi bautismo de sangre... si, amigo mio, en una escaramuza con los carlistas gané una cruz en promesa, y un balazo en realidad. Aquello me dió á conocer que muy bien podria suceder que llegara á favorito de Apolo, pero que maldita la inclinacion que le tenia á Marte. Ví que allí no habia medio de hacer carrera, me acordé entonces de Paris, de esa Sodoma del siglo, de esa Gomorra encantada, hize mis avios y....

SAN LUIS. Y abandonaste nuestra patria? y, mal hijo, dejaste á nuestra madre al borde de un abismo, con una guerra civil en perspectiva! Y te despediste de ella cuando mas necesidad tenia de defensores, cuando le hacian falta corazones aguerridos que se agruparan al pié de sus banderas?

ROSAL. Y que quieres, amigo mio! A España le faltan soldados y no poetas, hombres de espada y no de pluma. Ha llegado para ella la época de los balazos; ya le tocará su turno á la época de los versos. Y tú, vamos á ver, que te haces? como vives? Hecho un príncipe me han dicho?

SAN LUIS. Qué mas puedo desear? Habito esta deliciosa quinta al pie del Vesubio, de ese volcan tan temido que siempre amenaza y que nunca muerde; y las caricias de una esposa encantadora como un ánjel, han vuelto el brillo á mis pálidas mejillas y han borrado las arrugas de mi frente.

ROSAL. Si, ya me acuerdo: tambien has padecido, tambien has pagado tu parte de dolor, tu tributo de lágrimas al sufrajio universal.

SAN LUIS. Oh! me envenena todavía el corazon aquel recuerdo..

ROSAL. Y era una chica muy guapa tu hermana! No la conocí, pero tal era la voz pública.

SAN LUIS. La queria como á un Dios. Ni la amistad ni el amor la hubieran robado nunca mi fraternal cariño. Asi es que despues de cinco años de inútiles pesquisas, de cinco años de amargura, de cinco años de lágrimas, he cifrado todo mi amor y esperanza en ese ángel que ha bajado del cielo para refrescar mi frente con el púdico soplo de sus alas, en esa compañera, escojida por Dios tal vez, que hallé en un jardin de la Italia y que ha trocado mi vida en un cielo de embriagadora felicidad.

ROSAL. Y durante esos cinco años nada supiste? ni siquiera una nueva?

SAN LUIS. Ni siquiera una carta. Supe sin embargo que el vil seductor, el mal caballero que habia logrado con astucias indignas arrancarla de mis brazos, la condujo á Paris y la abandonó... si, el infame la abandonó. Entonces mi pobre hermana, no atreviéndose sin duda á escribirme y viéndose entregada á sus propios recursos, entró en el teatro bajo el nombre de...

ROSAL. Bajo el nombre de...

SAN LUIS. (*Reprimiéndose.*) No me acuerdo.

ROSAL. Y tu esposa?

SAN LUIS. Oh! nada sabe mi esposa. Ni una palabra con respeto á mi hermana delante de ella. Es una mujer de costumbres severas, educada con los principios mas rijidos y aristocráticos. Me quiere con toda su alma y seria desgarrarla el corazon si supiera que existia un artista en su familia. Tambien he sido yo educado en semejantes principios, tambien me han inculcado tales máximas, pero me sobrepongo á las preocupaciones vulgares porqué se que toda carrera honra al que la sigue, mientras la siga sin rubor en la frente, sin verguenza en el corazon. No así mi pobre hermana: su corona de artista oculta la mancha de su frente. Oh! ni una palabra á mi esposa, Victor, ni una palabra. Seria matarla!

ROSAL. No tengas cuidado, contra mi costumbre me callaré.

SAN LUIS. Ven, vamos á dar una vuelta por el jardin. Necesito distraerme un poco; cada vez que pienso en ello... oh!

ROSAL. Pero hombre, que diablo!

SAN LUIS. Sígueme. (*Vanse por el fondo.*)

ESCENA VII.

TERESA *que sale de su gabinete, á poco* MARIA.

TERESA. (*Sentándose en el sillon.*) Son en vano mis reflexiones todas. Ese pensamiento me hiere el corazon como la punta de un puñal, sigue mis pasos como sigue la sombra al cuerpo, me emponzoña el alma como el remordimiento á un criminal. Oh! los celos! los celos! Y sin embargo no sé nada, nada he visto, pero ha entrado la duda en mi alma, y la duda es para mi insensato amor de esposa la realidad. (*Viendo á Maria.*) Quien?

MARIA (*Saliendo por la derecha.*) El señor marques Giordani pide permiso para entrar.

TERESA (*Ap.*) Ese fátuo ahora! (*Alto.*) Que pase adelante.

(*Vase Maria por la derecha. Sale el marques por la misma.*)

ESCENA VIII.

TERESA, EL MARQUES.

MARQUES. Amable deidad, seductora sirena de estos lugares encantados, acojed benigna los fervientes votos que para vuestra conservacion osa deponer á vuestra plantas el mísero mortal que se cuenta en el número de vuestros mas entusiastas adoradores.

TERESA. Se vende V. muy caro, marques!

MARQUES. (*Ap.*) Bravo; ha notado mi ausencia.

TERESA. Tres dias sin verle!

MARQUES, (*Ap.*) Ha contado los dias. Soy feliz! (*Alto.*) Amabilísima señora, astro refuljente, tres dias... digo mal, tres siglos hace en verdad que estoy á oscuras, privado de los benéficos rayos de vuestro sol, pero como os dignasteis acojer con desagrado, el último dia que os ví las protestas de mi piramidal amor...

TERESA. (*interrumpiéndole*) Y porque no ha de contentarse V. con mi amistad?

MARQUES. (*continuando*) Me he visto precisado á condenarme á un voluntario destierro que ha sido para mí peor que el tormento de Sísifo.

TERESA. Dejemos esto, marques, créame V., no quiera V. quedarse al mismo tiempo que sin mi amor, sin mi amistad.

MARQUES. Oh! señora! La amistad de V.! Y qué, su sola amistad puede estinguir el fuego que arde en mi pecho, la lava que corre por mis venas, el cráter que existe en mi boca. Soy un volcan, señora, créame V. soy un volcan. El Vesubio es nada comparado con...

TERESA. (*levantándose*) Dispense V., caballero, si negocios indispensables me obligan á retirarme.

MARQUES. (*Deteniéndola*) Ah! señora, no se vaya V. por piedad; no precipite V. al alma que fluctua al borde del abismo, no abra V. la tumba al infeliz... (*Viendo que Teresa se marcha*) Por piedad quédese V., condesa, seremos amigos.

TERESA. Me promete V. tener juicio?

MARQUES. Juicio! Puedo yo acaso tenerlo al lado de V. mágica deidad de resplandecientes miradas que. .

TERESA. Otra vez? Me voy,..

MARQUES. No, no, prometo tenerlo.

TERESA. Bueno pues, abandone V. sus grandes palabrotas vacias de sentido y hagamos las paces (*sentándose*) Hablemos de otras cosas.

MARQUES. Y de que otra cosa puedo hablar...

TERESA. De teatros por ejemplo. Ya sabe V. cuan aficionada soy yo al teatro.

MARQUES. Si? pues no lo habia notado.

TERESA. Oh! en sus viajes, marques, debe V. haber visto magníficos teatros, oido muy buenas voces. Hace tres meses, cuando llegó V. de Londres, me acuerdo que hablaba con un entusiasmo, con un calor, con una pasion de una cantante... de una... de una tal Blanca... Blanca...

MARQUES. Blanca Florencini?

TERESA. Si, eso es, la misma.

MARQUES. Oh! la célebre cantante. (*Ap.*) Bestia de mí! ahora caigo. Tendrá celos. Oh! decididamente la he flechado.

TERESA. Si, la célebre cantante, segun dicen; una gran artista.

MARQUES (*Haciéndose el desdeñoso*). Si, una gran artista en efecto. La conocí en Londres, me presentaron á ella, no porque yo lo solicitara, no en verdad... Es muy lijera, muy caprichosa la tal Florencini.

TERESA. Ah! con que es caprichosa?

MARQUES. (*Ap.*) Celos son. No lo digo! Está visto la he flechado, la he flechado. (*Alto*) Fuí algunas veces á su casa y por esto dió la gente en decir que era yo su amante... su amante yo? que locura! No digo que si yo hubiera querido... pero...

TERESA. (*Ap.*) Necio! *Alto*) Y digame V. marques, es hermosa esa muger?

MARQUES. (*Ap.*) Cuando yo decia que eran celos! Oh! ya estrañaba yo! Resistirme á mí.. á mí? Vamos, me parecia imposible.

TERESA. Muy hermosa será cuando no se atreve V. á contestarme.

MARQUES. Oh! no lo crea V., condesa, es... es una figura así... como si dijéramos... oh! cien millones de veces inferior á la de V... Á mas, que V. misma podrá juzgarlo.

TERESA. Como yo misma?

MARQUES. Si, mañana debuta en el teatro de San Carlos.

TERESA. Quien?

MARQUES. Toma! de quien hablamos pues? La Florencini

TERESA. La Florencini en Nápoles!

MARQUES. Ha llegado esta mañana.

TERESA. Ella aquí... aquí mismo... tan cerca de mí?

MARQUES. (*Ap.*) Ay! ay! ay! Buena la hemos hecho. Por lo visto no sabia... y yo, zopenco de mí, que se lo he ido á decir... Lo que menos me saca los ojos.

TERESA. (*Levantándose y cogiéndole fuertemente del brazo.*) Ha dicho V. verdad, marques? Está efectivamente en Napoles la Florencini?

MARQUES. (*Mirando hácia el fondo*) Señora, veo allí á su señor esposo de V...

TERESA. Mi esposo!... Silencio, marques, silencio. Ni una palabra.

MARQUES. (*Ap.*) El tirano asoma por el fondo. Ay, Dios mio! y que á buen tiempo llega el tirano para sacarme de apuros.

ESCENA IX.

TERESA, SAN LUIS, MARQUES, ROSAL.

(*San Luis y Rosal vienen del jardin.*)

SAN LUIS. Oh! señor marques!

MARQUES. Señor conde! (*Truecan un saludo*).

SAN LUIS. (*Á Teresa*) Amada mia, permite que te presente á mi amigo, al mejor de mis amigos, á Victor Rosal mi camarada de colejio, mi compañero de infancia.

TERESA. Semejantes elojios en boca de mi esposo, caballero, me obligan á demostrarle á V. cuanta es mi alegria al tener que añadir un nombre al corto número de nuestros amigos.

ROSAL. Señora, yo soy por el contrario quien me felicito por la honra que se digna V. dispensarme.

SAN LUIS. (*Presentando Rosal al marques*) El señor Victor Rosal poeta distinguido y apreciado. (*Á Rosal*) El señor marques Jacobo Giordani. (*Truecan ambos un saludo*)

MARQUES. Señor mio, estoy á sus órdenes de V. Los amigos del conde son mis amigos y mis amigos son los amigos de todo el mundo.

ROSAL. Gracias, señor marques.

(*El marques pasa á hablar con Teresa. Rosal llama aparte á San Luis.* (1)

ROSAL. Quien es ese necio?

SAN LUIS. Un marques.

ROSAL. Toma! Es lo mismo que si me dijeras: un tonto.

---

(1) *Rosal, San Luis, Teresa, el marques.*

SAN LUIS. Es como ya te he dicho el marques Jacobo Giordani, el corre ve y dile de las damas, un buen hombre que se cree que todas se mueren por sus pedazos y que á todas hace la corte. Muy pagado de sí mismo, amigo de todo el mundo, protector de los desvalidos y en particular de las desvalidas, charlatan imperterrito...

ROSAL. Vamos, ya estoy; como si dijéramos: un mueble de absoluta necesidad en todos los salones.

SAN LUIS. Cabalmente.

TERESA. (*Á Rosal*) Pensais permanecer mucho tiempo en Italia caballero?

ROSAL. No señora y lo siento. Mis obligaciones me reclaman en Paris. Solo algunos dias...

TERESA. Tan pronto!

ROSAL. En cuanto cumpla con mi comision, señora. Soy plenipotenciario, vengo en nombre de una de las empresas de Paris á ajustar esa famosa Blanca Florencini...

SAN LUIS (*Sorprendido*) La Florencini!

ROSAL. Si, la misma que debuta mañana en el Teatro de San Carlos; esa célebre cantante.

SAN LUIS. (*Mas sorprendido aun*) La Florencini en Napoles!

TERESA. (*Ap.*) Se ha turbado.

MARQUES. (*Ap.*) Calla! Tampoco lo sabia él!

ESCENA X.

Dichos LORENZO *por la derecha.*

LORENZO. Una carta para el señor conde; urjente.

TERESA. (1) (*Tomando con indiferencia la carta y leyendo disimuladamente y con frialdad el sobre*) Si, es para tí, y en efecto, dice urgente. Toma. (*Se la dá. Ap.*) Es letra de muger.

SAN LUIS. (*Conociendo la letra del sobre Ap.*) Es suya... Dios mio! (*Abre la carta y la lee para sí*) Oh! Dios mio! por fin volveré á verla. Y yo que la habia escrito á Londres esta mañana. (*Alto á Lorenzo*) Quien ha traido esta carta?

LORENZO. Un lacayo que ha quedado aguardando. Me ha preguntado si debe llevar contestacion.

SAN LUIS. Se la daré yo de palabra.

(*Vase con Lorenzo por la derecha.*)

(1) *Rosal, el marques, San Luis. Teresa Lorenzo.*

ESCENA XI.

ROSAL, TERESA, EL MARQUES.

(*El marques se acerca á la ventana y se apoya sobre su antepecho cruzado de brazos.*)

TERESA. (*Aparte.*) Dios mio! siento que el corazon se me hiela. (*Alto á Rosal*) Con qué, tan pronto abandonais á Italia?

ROSAL. Mucho me pesa, señora, pero asi debe ser. La Italia es mi sueño de poeta, mi tierra prometida, pero fuerza me es dejárla Sin embargo, no creais que la olvide fácilmente. La Italia es como una de aquellas encantadoras bellezas de griego perfil que se ven una vez, una vez sola, en un baile, en un teatro, en un paseo, y que basta esta sola vez para dejar gravado su recuerdo en nuestro corazon.

MARQUES. (*Aparte en la ventana.*) Que es lo que veo! La librea de la Florencini. Si, levita verde, cordon amarillo, vueltas blancas. Toma! y es Juan, su lacayo. Ay! ay! ay! ay!

TERESA. (*Al marques*) Marques?

MARQUES, Señora? (*abandonando la ventana.*)

TERESA. Quisiera que V. que es tan buen cicerone, tan ilustrado, quisiera, digo, que se sirviera V acompañar al señor á mi gabinete mostrándole las joyas que poseo de nuestros mas célebres pintores.

MARQUES. Con mucho gusto, señora.

TERESA. Vaya V. caballero. Encontrará V. compatriotas y conocidos. Tengo un Murillo que es la gloria de mi casa y dos Riberas que son la admiracion de la Italia.

ROSAL. Si yo fuese pintor, señora, con solo retratarla á V. me atraeria la admiracion del mundo.

TERESA. Adulador tambien!

ROSAL. No por cierto. Vamos Marques.

(*El marques y Rosal entran en el gabinete de Teresa*)

ESCENA XII.

TERESA; SAN LUIS (*por la derecha.*)

SAN LUIS. Y nuestros huéspedes querida mia!

TERESA. Les acabo de mandar á ver mi museo. Necesitaba hablarte á solas.

SAN LUIS. Hablarme á solas!

TERESA. Si, quisiera pedirte un favor, Gustavo.

SAN LUIS. Que puedo yo negarte, ánjel mio? Manda, que exijes de mi?

TERESA. Quisiera que me fueses franco.

SAN LUIS. Franco! Acaso has dudado alguna vez de mi franqueza con respeto á tí?

TERESA. No, Gustavo, pero te amo mucho, demasiado tal vez... Tú lo sabes. Educada en un convento, la primera vez que mi familia me hizo entrar en el gran mundo te conocí: tú fuisteis el primer hombre que deslizó palabras de amor en mi oido, el primer hombre que hizo palpitar mi corazon á impulsos de una sensacion desconocida, y, jóven inesperta, me arrojé en tus brazos con toda la fé, con todo el entusiasmo, con toda la sinceridad de un primer amor...

SAN LUIS. Pero á que viene ahora...

TERESA. Me es indispensable recordártelo, Gustavo. Si, creí en tí como en el único ser que podia labrar mi dicha. No hallo creencia mas que en tu amor; él es mi esperanza, mi porvenir, mi todo. Ya ves, nosotras pobres mugeres educadas sencillamente, sin esas grandes emociones, sin esas terribles pasiones que combaten el corazon del hombre, vemos deslizarse tranquilamente nuestra vida sin pensar mas que en nuestras galas, en nuestras flores, en perecederos adornos que nos hacen vivir un dia, solo un dia en un salon. Por esto cuando late nuestra alma á impulsos de una sensacion desconocida, es porque empieza una nueva vida para nosotras, es porque á los cálidos rayos de un sol de esperanza rompemos, como débiles mariposas, la cáscara que por largo tiempo nos ha tenido cautivas, y entonces... y entonces creemo porque se apodera el amor de nuestro pecho. un amor grande, irresistible, ciego, y el mundo lo es todo con nuestro amor, y sin nuestro amor no hay nada, nada mas que vacío, soledad, veneno!

SAN LUIS. Pero Teresa, vida mia, por cierto que no comprendo á que conducen tales ideas; has visto algo en mí que pueda hacerte dudar, sospechar siquiera?

TERESA. Que sé yo, Gustavo! Tenemos en la vida dias aciagos, dias fatales en que de todo se duda y en que todo se ve sombrío. Me oprime el corazon un presentimiento, un presentimiento desgarrador.

SAN LUIS. Un presentimiento! Amada mia, tu tambien lo eres todo para mí, bien lo sabes. Desecha por consiguiente esas fúnebres, esas locas ideas.

TERESA. Pero esa muger, Gustavo .. esa muger...

SAN LUIS. Que muger! de quien hablas?

TERESA. Esa actriz... esa Florencini... Ves, te has inmutado ya, ha cruzado tu frente la sombra de una arruga... Gustavo, Gustavo, si, estoy celosa. Me envenena el corazon el nombre de esa muger. No sé porqué... no sé como... no sé de que manera... pero... pero estoy celosa!

SAN LUIS. Teresa, vida mia, en verdad que hoy no te comprendo, estás desconocida á mis ojos. Porque citar á una muger, á esa muger que no conozco.... que no quiero conocer?

TERESA. Es que hace tres meses, cuando Giordani llegó de Londres, cuando por primera vez sonó en mi oido el nombre de esa muger, ya me pareció que se oprimia mi corazon, me pareció que aquel nombre iba rodeado de una aureola de desgracias. Y luego, cada vez que se hablaba de ella ante tí, palidecias, te inmutabas... Oh! todo lo observé, los celos que comenzaban á despertarse en mi corazon me lo hicieron observar todo, enteramente todo.

SAN LUIS. No, no sentia hácia esa muger mas simpatías que las que se sienten hácia el mérito, hácia el ser que saliendo de lo vulgar de los hombres, se eleva sobre ellos con la diadema del mérito en la frente, con el aplauso de los demas hombres á sus plantas.

TERESA. Oh! no, mis celos han hecho que te estudiara demasiado bien. Dime, Gustavo, dímelo... necesito creer, me es indispensable tener fé... Esa muger, ha sido antes de casarte conmigo tu querida?

SAN LUIS. Oh! no.

TERESA. Gustavo, Gustavo, no se si me engañas, pero seria una crueldad si así fuera, seria no tener piedad, no tener corazon. Oh! no la ames nunca á esa muger, Gustavo! Soy italiana, y terribles, mortales, son mis celos.

SAN LUIS. El marques y Rosal. Silencio.

ESCENA XIII.

El MARQUES, ROSAL, TERESA, SAN LUIS.

ROSAL. Señora, le doy á V. mi parabien. Lo que V. tiene allí es un tesoro: es una crecida coleccion de joyas, de las cuales cada una vale un mundo y alguna que otra un cielo.

SAN LUIS. Mi muger es aficionada á la pintura, á las artes, y halla gusto en reunir en su museo las obras maestras de algunos pintores.

MARQUES. Si, todos los que tenemos corazon somos artistas (*Ap.*) Diablo, diablo! No puedo quitarme de la cabeza lo del lacayo de la Florencini. Si será que ella y el conde..... Oh! pues entonces el negocio entre su mujer y yo iria viento en popa.

TERESA. Si, caballero. Lo que V. ha visto es mi riqueza. Celebro que mis cuadros hayan merecido su aprobacion de V. Es un elogio que me halaga, pues que prueba á lo menos que he tenido gusto en la eleccion.

ROSAL. Completo, señora. Hay allí obras capaces de hacer condenar á un artista y de abrir las puertas del cielo á un pecador.

Rosal se pone á hablar en voz baja con Teresa. El marques se pasea por el fondo. (1)

ESCENA XIV.

DICHOS, LORENZO.

LORENZO. (*con una llave en la mano*) Un lacayo de la señora Florencini me ha entregado esta llave para V.

SAN LUIS (*bajo á Lorenzo.*) Imprudente!

TERESA. (*Volviendo repentinamente la cabeza al nombre de Florencini.*) Qué, que es eso?

SAN LUIS. Nada, nada, amiga mia. Lorenzo que me trae la llave de mi gabinete que habia dejado olvidada en una mesa del salon.

TERESA. Ah!

SAN LUIS. Pasemos al salon, señores Todavia hay allí algunos cuadros que debes admirar, Victor. Vamos, da el brazo á mi esposa, te permito que le hagas la corte, pero de buena ley.

ROSAL. Se dignará V. aceptar mi brazo, señora?

TERESA. Con mucho gusto caballero.

SAN LUIS. Y V. marques?

MARQUES. Les sigo á Vs.

(*Vanse por la derecha.*)

(1) *Marques, Rosal, Teresa, San Luis, Lorenzo.*

ESCENA XV.

EL MARQUES.

Decididamente soy un necio. Cada dia me voy convenciendo mas de que soy un tonto. A lo que parece de quien está celosa es de él y no de mí... Por vida! Pero, si está celosa de él, la ocasion se me presenta ni pintada. El me roba la Florencini, yo le robo su mujer. Represalias justisimas... Si, esto es... Teresa tiene celos... sus celos me vendrán á las mil maravillas. Cantemos victoria. Demasiado se sabe aquello de que á rio revuelto.. puntos suspensivos.

ACTO SEGUNDO.

TERESA.
BLANCA.
GUSTAVO DE SAN LUIS.
EL MARQUES GIORDANI.
VICTOR ROSAL.

Cuarto de la Florencini en el Teatro de San Cárlos. — Á la derecha una puerta que abre sobre una escalera que da á la calle — Á la izquierda otra que figura ser la de un gabinete de tocador. — En el fondo la que comunica con el Teatro. — Sofá, sillones, mesa, tocador, luces encima del tocador.

ESCENA PRIMERA.

Se oye dar vuelta á una llave en la cerradura. Abrese la puerta de la derecha y comparece EL MARQUES, *que quita la llave de la cerradura, pero sin volver á cerrar la puerta.*

No hay nadie aquí. Semíramis estará recibiendo las felitaciones de los héroes de entre bastidores. Que mujer, y que triunfo! Poder de Dios! el teatro se venia abajo. Cuan dulce es el decirse á si mismo: «esa mujer á quien todos aplaudís, esa reina del teatro, esa celebre cantante, es mi querida y tengo yo la llave de su cuarto para ir á visitarla en concluyendo la ópera! Oh! si, es muy dulce, muy satisfactorio, muy estomacal. Verdad es que ella dice que no me quiere y verdad es tam-

bien que para conseguir la llave de esa puerta que dá á la calle, he necesitado comprar á su doncella, que como doncella de *prima donna* se ha vendido muy cara .. pero para el caso es lo mismo. Lo cierto es que aguardo á Semiramis para arrojarme á sus plantas y hacerla deponer á fuerza de amor y de promesas todo su orgullo, para que á su turno se arroje en mis brazos. Y se arrojará, si, es cosa segura, se arrojará. Que diablo! la mujer que ama á uno, ama á todos. Esto es un axioma. Sospecho que... vamos... que se entiende con ese bueno de San Luis y entendiendose con él, como es posible que deje de entenderse conmigo? San Luis! Vaya una mujer como tiene San Luis! Es un tigre de virtud. Resistirme á mí? al marques Jacobo Giordani que cuenta por dias sus hazañas? Vamos, es cosa nunca vista. Si lo dijera no me creerian. Afortunadamente me consolaré con la Florencini. Que diablo! de mujer á mujer no va nada. Verdad es que la condesa me hubiera sido mas provechosa para el bolsillo, pero en fin, la Florencini tampoco me será tan costosa de palabras... y palabras y dinero todo es ahorrar... Allá se van... Me parece haber oido... si, alguien hay en aquel cuarto. (*Acercándose al gabinete y mirando por el ojo de la llave*) Toma! Y es ella! ella que se ha despojado ya de su traje y va á venir hecha un Marte de hermosura. (*Tendiendose en un sillon.*) Bravo. Se abre la puerta, se corre el telon. Silencio! empieza el espectaculo. El primer galan y la primera dama están en escena. Que diablo! no puede menos de ser interesante la escena. A la una le sobra belleza, al otro le sobra descaro. Atencion!

ESCENA II.

BLANCA FLORENCINI *por la puerta del gabinete*, EL MARQUES *que se levanta para saludarla y se vuelve en seguida á recostar en el sillon*

BLANCA. Como! V. aquí, señor Marques?

MARQUES. El mismo, amabilisima deidad, encantadora Venus del teatro.

BLANCA. Confieso que me sorprende. Habia dado orden para que no se permitiera á nadie la entrada...

MARQUES. (*Levantándose.*) Es que mi entrada no ha sido por allí (*señalando la puerta que comunica con los bastidores.*) sino por aquí. (*Señalando la de la calle.*)

BLANCA. Quien os ha abierto la puerta?

MARQUES. Esta llave.

BLANCA. Y esa llave!

MARQUES. Es una llave de oro. Quiero decir que he tenido que pagarla á precio tan subido que habria de sobras para hacerla de oro.

BLANCA. (*Sentándose tranquilamente en un sillon.*) Ya comprendo y os voy á decir cual es vuestra idea. El señor marques Jacobo Giordani conoció en Londres á una artista, y como el señor marques quiso convertirla en su querida, la puso precio. Sin embargo la artista era dificil de contentar. Encontraba al señor marques Jacobo Giordani tan fátuo como necio, y no quiso venderse. Desesperado se marchó á Napoles, desesperado, digo, porque hiciera una apuesta con uno de sus amigos sobre que antes de tres dias la artista seria su querida, y perdió la apuesta. A Nápoles fué tambien la artista poco tiempo despues. Reyteró el marques sus protestas y sus ofertas, pero la artista que continuaba todavia hallandole necio y lo que es mas, ridículo, reiteró tambien sus negativas en Napoles y le despreció como en Londres. Picado entonces el marques en su reputacion de Lovelace infatigable, compró una llave á algun servidor infiel á su señora, é introduciéndose furtivamente en el cuarto de esta última, en ocasion en que se hallaba sola, la dijo... Qué la dijo, señor marques?

MARQUES. (*Sentándose con la mayor sangre fria en un sillon.*) La dijo, sentandose comodamente en un sillon: Señora, yo no he entrado furtivamente, como V. dice, en su cuarto de V. He entrado por el contrario publicamente acompañandome mis amigos hasta el pié de la escalera y dejando mi coche á la puerta, de modo que todo Napoles, señora, sabe en este momento que el marques Jacobo Giordani se halla en el cuarto de vestir de la prima donna Blanca Florencini. Ademas la dijo: señora, creame V. avengase V. á las buenas razones y seamos amigos. El amante tierno y timido que tiene V. á sus plantas puede trocarse en dueño y soberano. Y luego; Nápoles entero ha visto mi coche á la puerta, Nápoles entero se figura que es V. ahora mi querida. Que á lo menos sea cierto lo que se figura. Que diablo! tambien así como así le colgarán á V. el milagro. con qué...

BLANCA. (*Levantandose y con dignidad.*) Napoles entero sabrá mañana, señor mio, que

si el marques Jacobo Giordani se introdujo, aunque no furtivamente, fraudalentamente á lo menos en el cuarto de la prima donna Blanca Florencini, Napoles entero, repito, sabrá mañana que la prima donna Blanca Florencini despreciando sus amenazas como habia despreciado sus ofertas, supo hacer arrojar por una ventana al señor marques Jacobo Giordani.

MARQUES. Señora...

BLANCA. Me permitirá V. que me retire á mi tocador. Espero que antes de seis minutos se habrá V. marchado y que no me veré en la dura necesidad de promover un escandalo, que, crealo V. señor marques, ni á V. ni á mí nos haria honor.

(*Entra en su gabinete.*)

ESCENA III.

EL MARQUES.

Y lo hará como lo dice. Que diablo! esas virtudes de teatro cuando les dá por lo trájico son unos Otelos femeninos, unos Caligulas con faldas. Arrojarme por la ventana! Pues estaria chistoso: tendria que ver un marques volando por los aires.

(*San Luis entra por la misma puerta que el marques.*)

Creo que lo mas prudente será en efecto dejar libre el campo. Un escándalo me comprometeria y sobre todo despues de haber dicho... (*volviéndose*) oh! el señor conde de San Luis!

ESCENA IV.

EL MARQUES, SAN LUIS.

SAN LUIS. El mismo, caballero.

MARQUES. El señor conde aquí! (*Ap*) Bien decia yo!

SAN LUIS. Queria asegurarme, señor mio, de si era verdad como decian que era V. el amante favorecido de la Florencini, pero escondido tras de aquella puerta solo han llegado á mis oidos, por parte de V... insultos á cual mas groseros.

MARQUES, Conde!

SAN LUIS. He dicho insultos, caballero.

MARQUES. Pero, amigo mio...

SAN LUIS. Con que el señor marques Jacobo Giordani se envanece ante sus amigos de ser el amante de la Florencini, les enseña la llave de su cuarto, les indica haber recibido hora para una cita, y lo de amante es una necedad, la llave es falsa y la cita un embuste!

MARQUES Señor conde de San Luis, no permito que nadie me insulte.

SAN LUIS. Con qué el señor marques Jacobo Giordani necesita amenazar para hacerse querer de una mujer, y necesita colocar á la víctima entre la infamia y la deshonra para luego decirla dramáticamente: escojed! Se ha lucido V, señor marques, si todas sus tan cacareadas conquistas son como esta!

MARQUES. Señor de San Luis!

SAN LUIS. (*Severa y friamente*) Señor mio!

MARQUES. Se me sube ya la mosca á las narices, entiende V? cuidado con mi cólera! Mi cólera es sangrienta... causa estragos.

SAN LUIS. Creia que tenia que habérmelas con un insolente. veo que ni para ello es V. bueno. Bien ha dicho la Florencini, señor marques, es V. un necio.

MARQUES. Cuando digo que voy á olvidar que V. ha sido mi amigo.

SAN LUIS. Puede V. olvidarlo cuanto mas antes mejor; me hará V. en ello un obsequio.

(*Se sienta volviéndo la espalda al marques.*)

MARQUES. (*Ap*) Y se sienta como si tal cosa! Bien decia yo! La Florencini y él... oh! las mujeres, las mujeres! Pero qué diablo! Me ocurre una escelente idea... La condesa está celosa como un Otelo... oh! lo conozco bien y sus celos me vienen ni pintados... Nada, nada, recurramos á los grandes medios. En un decir amen voy á ver á su esposa y vuelvo con ella.. magnífico! Soy un verdadero D. Juan. (*Alto y trajicamente al conde*) Señor de San Luis, me ha insultado V., me ha dicho V. cosas... cosas que... que... Señor de San Luis nos veremos.

(*Vase precipitadamente por la derecha.*

ESCENA V.

BLANCA, EL CONDE DE SAN LUIS.

BLANCA (*que al ver á San Luis se arroja hácia él con los brazos abiertos.*) Gustavo! Gustavo, hermano mio!

SAN LUIS. (*Rechazándola.*) Si. su hermano de V., señora, su hermano de V. que al recibir su carta primero y la llave de esta puerta en seguida, ha consentido en venir á ver á V. mas bien como un amante que se degrada, que como un hermano que se oculta

BLANCA. (*Tiernamente.*) Gustavo,

SAN LUIS. Y por cierto que á buena ocasion ha llegado su hermano de V! A buena ocasion para verla espuesta V, á la deshonra, al desprecio público. He ahí las funestas consecuencias de la carrera por V. emprendida!

BLANCA. No, Gustavo, no; mi carrera es noble, mi carrera es digna. Si algunas mujeres han hecho de ella un mercado, no soy yo por cierto de este número. No pertenezco yo tampoco á la clase de aquellas mujeres que cometida la primera falta, se creen con derecho á cometerlas todas. Hace cinco años. necesitaba olvidar: un pensamiento desgarrador oprimia mi corazon, un remordimiento terrible me envenenaba el alma: entré en el teatro, quise vivir por la gloria y para la gloria; convertí mi nueva profesion en sacerdocio, y como el tribuno desde su cátedra, como el ministro del altar desde su púlpito, me dediqué á conmover, á impresionar, á halagar al público, para que este, á su turno, me devolviese en aplausos las emociones nuevas que yo pudiera hacer sentir á su alma, para que este, á su turno, me aclamára con sus mil bocas, me levantara sobre sus mil brazos, me humillára sus mil frentes, y para que yo entonces y en fin sintiera latir de gozo mi pecho y embriagada con el triunfo olvidara por un instante el doloroso aguijon del remordimiento.

SAN LUIS. (*conmovido y que ha ido deponiendo su severidad á medida que ha hablado Blanca.*) Hermana mia!

BLANCA. Si, mucho he sufrido, Gustavo; muchas veces he ceñido corona de espinas en lugar de flores; muchas me he proclamado yo mártir cuando el mundo me aclamaba artista: pero en cambio, tambien he tenido instantes de olvido, de embriaguez, de felicidad. Cuando un pueblo entero gemia á mis plantas, cuando conmovido por mis inspiraciones depositaba á mis piés su ofrenda de lágrimas y de aplausos, cuando desconsolada amante, triste madre, ó infiel esposa tenia tantas bocas pendientes de la mia, tantas manos dispuestas á aplaudir, tantos ojos que clavados en mí ni siquiera pestañeaban, oh! entonces me sentia feliz, me sentia soberana; el orgullo, ese vértigo del hombre, iba subiendo por grados hasta enloquecer mi mente, hasta embriagarme el alma, y me decia: »Bien compensa esto mi falta, bien puede esto atraerme el perdon de mi hermano. Mi caida ha sido la caida de un ángel, y no porque mis alas hayan rozado el fango son por esto ni menos puras ni menos blancas Esas lágrimas son el bautismo de mi pureza esos aplausos el sudario de mi falta. De entre los brazos de mi hermano, salí criminal; volveré artista!»

SAN LUIS. Oh! Blanca, hermana mia, si, ahora que nadie nos oye, ahora que ningun oido indiscreto puede vendernos, te abriré mí alma. Si, hermana mia, yo el primero he sentido pálpitar mi corazon al ver tu nombre repetido por las mil lenguas de la fama, yo el primero he seguido de lejos tus triunfos y he sentido tambien parte de esa misma embriaguez, al recordar que un miembro de nuestra familia trabajaba en la gran obra de la rejeneracion del genio, en esa gran obra de regeneracion social que acabará por dar la primacía al talento, por conceder la aristocracia al mérito. Pero, cállalo, cállalo, hermana mia. El mundo tiene sus preocupaciones y tú misma, por frescas que hayan sido las flores con que han ceñido tu frente, debes sentir en ella todavia el calor de los lúbricos besos de un infame. No se borra tan facilmente esa mancha, hermana mia, y, tú lo sabes, cuanto mas blanco es el vestido, mas se nota en él una mancha por lijera que sea.

BLANCA. Gracias por haberme hablado asi, Gustavo. Mi carrera teatral es una espiacion. Tanto haré, que Dios me perdonará como me has perdonado tú.

SAN LUIS. Si, te he perdonado ahora como ya te habia perdonado antes. Pero, créeme, el mundo entero debe ignorar ese perdon, porque el mundo entero debe ignorar que soy tu hermano. Aquí, á solas, cara á cara con mi Blanca y con su gloria, me envaneceré, sentiré latir de orgullo mí pecho, porque yo rechazo condeno esas rastreras preocupaciones que hacen á la aristocracia del nombre, insensible á la aristocracia del corazon. Sin embargo, ante el mundo, ante la sociedad, soy débil, soy esposo; tengo deberes que cumplir, tengo derechos á hacer respetar el nombre que debo legar un dia á mis hijos, el nombre que puro y sin mancha he enlazado al nombre de mi esposa. Hermana mia, es preciso que partas, que vayas en pos de nuevos triunfos, de nuevos aplausos. Me venceria la emocion si te supiera junto á mí, si no necesitaran eco tus triunfos para llegar hasta mis oidos. Te seguiré de lejos como sigue el navegante la estrella que le guia, como el poeta adora á

la mujer de sus sueños, y cuando el nombre de la Florencini resuene en mis oidos envuelto en su seductora aureola de gloria, me envaneceré y me diré en voz baja: « ese nombre es San Luis. Aplaudid vosotros á Blanca Florencini, yo admiro á Blanca de San Luis; admirad vosotros á la noble artista, yo admiro á la artista noble! »

BLANCA. Partiré, si, debo partir. Me lo dicta tambien el corazon.

SAN LUIS. Partirás y sin pérdida de tiempo, esta noche misma.

BLANCA. Tan pronto!

SAN LUIS. Si, tan pronto, hermana mia, porque á tu vista he depuesto la severidad con que queria recibirte, á tu acento se ha despertado en mi alma mi antiguo cariño hácia tí, ese cariño fraternal, mezcla de amor y de idolatría. Si aqui permanecieras me disputarias el amor que debo á mi esposa, me impelirias á qué un dia, en uno de esos dias tan frecuentes en tu vida de artista, en uno de esos dias en que entusiasta el público, te ahoga en un mar de flores, me impelirias, digo, á que en alta voz me envaneciera, á que en alta voz te llamara: hermana mia!

BLANCA. Pero, partir tan apresuradamente, Gustavo! cuando apenas te he visto, cuando apenas te he hablado! Y luego, necesito hacer mis preparativos, necesito determinar tambien el punto á donde debo dirigirme.

SAN LUIS. Todo lo he premeditado. Abajo en la puerta del teatro te aguarda una silla de posta, tu criado está prevenido, tambien tu doncella; se han trasladado todos tus efectos, nada te falta, y te dirijes á Paris. (*Sacando un papel de su cartera.*) Toma, ahí tienes la escritura en blanco para el mejor teatro de la capital de Francia. Mi amigo Rosal que estaba encargado de presentártela te acompañará.... Ni una observacion, ni una palabra, hermana mia. Para tu felicidad, para la mia propia, conviene que partas esta noche misma.

BLANCA. (*Llora.*) Partiré, Gustavo.

SAN LUIS. (*Como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.*) Y ahora á Dios, hermana mia, á Dios.

BLANCA. (*Apoyándose en su sillon*) Oh! (*Viendo que San Luis se marcha.*) Y me dejas partir así, sin ni siquiera abrazar á tu pobre hermana, á la que quizá veras por última vez!

SAN LUIS. (*Retrocediendo.*) Oh! no, no, ven, sobre mi corazon.

BLANCA. (*Abrazándole y sollozando.*) Hermano mio!

SAN LUIS. Valor! valor, Blanca! (*La conduce cerca de un sillon la hace sentar en él, quiere abrazarla de nuevo, pero sobreponiéndose á su emocion se enjuga las lágrimas y parte precipitadamente.*) Adios, hermana mia, á Dios! (*Se va por el fondo.*)

(*La escena permanece por algunos instantes en silencio, interrumpido solo por los sollozos de Blanca.*)

ESCENA VI.

BLANCA.

Partió! partió! Oh! heme aquí otra vez sola en el mundo, cara á cara con mi falta y con mi gloria... Y es tan desnuda la gloria cuando no se tiene un seno en que reposar la abrasada frente, una mano amiga que estrechar con entusiasmo! Gustavo! Gustavo! la primera vez me lo quitó mi falta, ahora me lo roba la sociedad... Ya se vé! Quien le manda á una artista tener un hermano conde! Es mucho lujo para una cantatriz, demasiado oropel para una muger de teatro!

ESCENA VII.

VICTOR ROSAL *por la puerta del fondo.* BLANCA. *Poco despues* TERESA *y* EL MARQUES.

ROSAL. Señora.

BLANCA. (*Disimulando su emocion y enjugándose las lágrimas.*) Caballero!

ROSAL. Espero tendrá V. á bien dispensarme, señora, si tan de improviso me he tomado la libertad de entrar en el cuarto de V. El señor de San Luis acaba de manifestarme que ha sido aceptada por V. la escritura de la empresa que represento, y que en su consecuencia desearia V. partir para Paris sin dilacion ninguna.

BLANCA. Ah! es V. el señor de Rosal, de quien acaba de hablarme?

ROSAL. El mismo, señora.

BLANCA. Rosal (*Haciendo como que recuerda.*) Yo conocia un Victor Rosal, amigo íntimo de San Luis, su compañero de infancia.

ROSAL. Precisamente.

BLANCA. Oh! gracias, Dios mio! A lo menos, me será dado hablar de él... porque yo le quiero, digo, le aprecio mucho á ese buen San Luis. Oh! si supiera V. cuanto le aprecio.

ROSAL. Me lo ha dicho, señora.

BLANCA. Como! le ha dicho á V...

ROSAL. Si, me ha dicho que hace mucho tiempo que se conocen Vs. Que unidos ambos corazones por una inesplicable simpatía, se profesan Vs. una síncera y duradera amistad que no han sido bastantes á cortar los triunfos alcanzados posteriormente por V. en el teatro.

BLANCA. Si, si, es un verdadero corazon de oro el que abriga Gustavo de San Luis. (*Teresa asoma por la puerta de la derecha y permanece inmóvil y muda en el umbral sin ser vista de ninguna de las dos personas que ocupan el proscenio. El marqués Giordani aparece tras de ella.*) Por inmensa que sea la distancia que separa á la humilde artista, del noble conde, nunca ha echado en olvido á la pobre Blanca. Siempre le ha conservado, y hoy mas que nunca lo he conocido, un resto de ese cariño de otro tiempo, cariño puro y casto como el pensamiento de una madre, y que solo coloca Dios en los nobles corazones. Mucho me cuesta el separarme de su lado, del pais que habita, ahora mayormente que de nuevo he vuelto á estrechar su mano amiga. Oh! bien quisiera dejarle algun recuerdo, cualquier cosa, algo que como ofrenda de la pobre artista pudiera el noble conde apreciar en su debido valor. . Ah! *llevando las manos á su seno y sacando un retrato pendiente de un cordoncito negro.*) Este retrato... oh! si... el mismo que hasta sus últimos momentos llevó sobre su corazon mi infeliz madre. Si, este recuerdo le será grato, este retrato mojado con las lágrimas de placer de la artista, con las lágrimas de dolor de la muger, será un bálsamo consolador para la herida que en su pecho causará mi ausencia. Oh! y si supiera lo cara que me es esta imágen, mas la apreciaria aun. Ha sido durante muchos años mi confidente, mi único amigo, ha escuchado mis fervientes rezos, ha contemplado mi amargo llanto..... Pobre madre mia! (*Contemplando el retrato.*) Ninguna emocion, adversa ó favorable, alegre ó triste ha albergado el corazon de tu hija que en voz baja, muy baja no haya venido á relatártela... Si, le daré este retrato, me desprenderé de mi joya mas querida, y la besaré antes (*lo hace*) pues segura estoy que sus labios irán á buscar el sitio donde por última vez hayan reposado los mios.... Pero, quien será el portador?... Quien le dará la única y modesta ofrenda de mi tierno cariño?

(*Teresa se adelanta pálida como un espectro, coge el retrato que en su mano tiene Blanca y dice humildemente.*)

TERESA. Se lo daré yo, señora.

ROSAL. Que veo!

MARQUES. (*ap.*) Bueno! bueno! bueno!

BLANCA. (*sorprendida*) V. señora?

TERESA. Si, yo, la condesa de San Luis!

BLANCA. La condesa de San Luis.

TERESA. La condesa de San Luis que ofrece entregar á su esposo el retrato de la madre de una cómica.

ROSAL. Señora...

MARQUES. (*Ap*) Bueno! bueno! bueno!

BLANCA. (1) (*Reprimiendo un primer movimiento de cólera.*) La madre de una *cómica*, señora! Perdónela Dios á V. el sacrilejio que encierran estas palabras.

TERESA. (*Irónicamente*) Puede V. partir tranquila, señora. Le diré á mi esposo lo mucho que le ha costado á V. desprenderse del retrato de su madre, le diré á mi esposo que la humilde *cómica* no ha encontrado nada mejor que ofrecerle para manifestarle su cariño, que el retrato de su madre. (*Al marqués*) Oh! las *cómicas* tienen arranques sublimes, inspiraciones que no nos es dado sentir á nosotros los que no pisamos los umbrales del templo de la inmortalidad, no es cierto, marqués?

MARQUES. Y tanto, señora! Soy exactamente de este mismo parecer. Las... las mugeres de teatro llevan siempre repletos sus bolsillos de golpes dramáticos y de lágrimas portentosas.

BLANCA. Señor marqués Jacobo Giordani, he tenido ya el gusto de decirle á V., no hace mucho, en este mismo aposento, cuando queria V. hacerle la corte á esa *muger de teatro*, que era V. un necio insoportable.

MARQUÉS. (*Ap.*) Malo! malo! malo!

BLANCA. Puedo permitir que la señora me insulte, pero no lo sufriré de V. Nosotras las cómicas como V. nos llama, tenemos acaso mas alma que Vs. los marqueses, pues si nosotras hacemos llorar al público, Vs. hacen reir á la sociedad. Por lo demas, tan teatro es el salon de una casa como nuestro escenario: en este reina la emulacion, la lucha noble de artista á artista, el afan de gloria; en aquel la bajeza, la ruindad, la intriga. Marqueses conozco yo que valen me-

(1) *Rosal, Blanca, Teresa, Marques.*

nos que un cómico, y cómicos que tendrian vergüenza de parecerse á ciertos grandes señores. La artista de alma verdadera, la que siente latir en su pecho un corazon entusiasta por el arte y hervir en su mente la inspiracion del génio, no va en busca de ningun noble, porque hay en ella suficiente nobleza que prestar á los que de ella se encuentran faltos. Esta es tal vez la razon porque el noble se humilla muy á menudo hasta ella, envaneciéndose en prender á su frac una flor de su corona, con el mismo orgullo con que pondria en su dedo el diamante de una Reina.

(*Estiende la mano á Rosal que la acepta acompañándola hasta el fondo y saliendo con ella.*)

ESCENA VIII.

TERESA EL MARQUÉS.

TERESA. (*Cayendo en un sillon*) Oh! Dios mio! Dios mio! todavia me insulta. Es atroz, insufrible mi martirio. Me han herido en mitad del corazon! Oh! los celos! los celos!

MARQUÉS. (*Ap.*) Que de cosas ha dicho! Y todas buenas, por supuesto! En fin, vamos á tantear ahora el térreno. Me parece que debo hallarla muy blanda. (*A Teresa*) Y bien, señora, que la decia yo á V?

TERESA (*Levantándose con resolucion.*) Lo que V. me decia, señor marqués, eran necedades. Me ha hecho V. venir aquí, y para qué? Para presenciar el *sentimentalismo* de una mujer que le ha dicho á V. muy lindas cosas, por cierto. La conducta de V., marqués, es infame. Ahora veo claro en este negocio. Nada ha podido V. conseguir de la Florencini y ha querido despertar V. mis celos, para de este modo ver si me prestaba yo á sus obsequios de V. Pero... pobre marqués! ha errado V. el camino, amigo mio. Celos yo!.. yo?.. ja! ja! ja! (*Riendo convulsivamente.*) Pues digo! que poco conoce V. á las mujeres, marqués, y si cree V. bueno ese método, en verdad que serán pocas las que caigan en su poder de V. Ja! ja! ja! Déjeme V. que me ria, marqués. Vaya! vaya! Creer que podria V. infundirme celos! y de quien? de Gustavo, á quien conozco tan á fondo? Ja! ja! ja! Se ha lucido V. marqués, se ha lucido V... ja! ja! ja! (*Aparte y cayendo en un sillon como si la oprimiera la risa.*) Oh! esta risa me desgarra el alma!

MARQUÉS. (*Ap.*) Que me ahorquen si entiendo una palabra.

(*Dirijese al fondo y se va por la puerta del teatro.*)

ACTO TERCERO.

TERESA. | GUSTAVO.
LORENZO.

Gabinete del conde de San Luis. Una mesa de trabajo encima de la cual hay esparramados papeles, cartas y libros. Puertas laterales. El conde de San Luis está durmiendo sobre un sofá colocado junto á la mesa. En segundo término á la izquierda una ventana.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO *que entra por la puerta de la derecha*, EL CONDE *durmiendo en el sofá.*

LORENZO. Duerme. Pobre señor! Bien lo necesita despues de tanto pasar las noches en vela y de tanto disgusto! Y el caso es que no me atrevo á despertarle... Sin embargo, el tiempo urje. (*Se acerca á la ventana y mira por ella*) el aire es cálido y todos los síntomas son de que ese maldito volcan nos va á dar nuevas de su presencia. Si, amenaza pronto una esplosion y en esta quinta no estamos muy seguros. Dicen que la última erupcion fué terrible.,. debemos buscar un refugio en Nápoles.

ESCENA II.

LORENZO, TERESA *por la misma puerta derecha.*

TERESA. Lorenzo!

LORENZO. Señora? (*Ap.*) Cuan pálida está Dios mio!

TERESA. Vete á hacer los preparativos y parte en seguida á Nápoles con Maria y los demás sirvientes. El vesubio amenaza una erupcion; partid, pues, sin demora.

LORENZO. Pero y V. señora? y el amo?

TERESA. Engancha el caballo pio al cabriolé, y que se halle dispuesto para cuando lo necesitemos. No tardaremos en seguiros. Vete.

LORENZO. Señora...

TERESA. Qué?

LORENZO. Deseaba advertir á V. que el señor conde se halla durmiendo... Tal vez seria bueno despertarle...

TERESA. Bien está. Ya haré yo lo que convenga. Vete.

ESCENA III.

TERESA, SAN LUIS *durmiendo.*

TERESA. (*Mirando al conde dormido.*) Durmiendo! Oh! si yo pudiera dormir! Las emociones me matan, cada nueva idea es una montaña que pesa sobre mi corazon, que me oprime, que me ahoga. Dormir! qué bueno debe ser dormir! El sueño es la vida, la felicidad. Para nosotras las que tenemos celos, las que abrigamos una realidad en el corazon, el sueño es un Dios enemigo en cuyos altares no quiere admitir nuestros sacrificios. El señor me ha dado este corazon de italiana constante en amor, terrible en odio, implacable en venganza. Mucho tiempo hace, cuando por vez primera oí pronunciar el nombre de esa mujer, parecióme que la frialdad del hierro penetraba en mi corazon: su nombre me hizo daño como la punta de un puñal. Hace pocos dias cuando la ví besar el retrato, regalo que iba á hacer á Gustavo, creí que un velo de luto se estendia sobre mis pasadas horas de felicidad, y que aquella mujer, implacable fantasma del porvenir, se alzaba envuelta en su traje de cortesana, para interponerse entre mi esposo y yo, entre mi pasado de dicha y mi presente de amargura. Oh! si supierais, Dios mio, cuanto sufro! Sacrílegas ideas se agolpan en mi mente cuando os dirijo mis nocturnos rezos, blasfemias las mas terribles estan á veces prontas á desprenderse de mis labios mezcladas con las puras frases de mis plegarias! Oh! mucho sufro, mucho! y entretanto él, Gustavo, el infame, el perjuro, allí, durmiendo sosegadamente, soñando tal vez que recostado en el seno de esa mujer bebe en sus labios la dicha, la felicidad que mil veces me ha mentido... (*Acercándose á la mesa y viendo una carta empezada*) Que veo... Dios mio! una carta comenzada... será para ella?... oh! el corazon me dice que sí... Veamos, veamos... Oh! no puedo... un velo ofusca mi vista. (*oprimiéndose con ambas manos el pecho*) el corazon pugna por romper mi pecho... Señor Dios mio, compadeceos de mí, que no sufra tanto! me mata tanto sufrir! (*Pausa*). Veamos esta carta. (*La lee*) «Mi querida Blanca.» (*Representando*) Su querida Blanca! (*Continuando*) «Pronto iré á Paris, á estrecharte contra mi corazon...» (*Estrujando furiosamente la carta y pisoteandola*) Oh! infamia! infamia! Pronto irá á Paris á estrecharla contra su corazon... oh! y yo! .. y yo?... Abandonarme! Partir á Paris! Tanto ama pues á esa mujer? Tanto la ama que necesita partir, abandonar á su esposa, ir á buscar en sus brazos la felicidad que no encuentra en los mios?... Oh! no, no partirá. Antes me arrojaré á sus piés, le diré bañada en llanto lo que sufro, lo que padezco, lo que le amo, tanto le diré que me creerá... y sino me cree, si prescinde de mis lágrimas, si desprecia mis protestas, si se rie de mis palabras y de mi amor... si se rie de mi amor... pues bien, entonces, si se rie de mi amor... entonces... le mataré, si, le mataré... no sé como, no sé de que manera pero le mataré y... Misericordia de Dios! yo estoy loca! (*Cae anonadada sobre un sillon.*)

ESCENA IV.

TERESA, SAN LUIS *durmiendo*, LORENZO *por la derecha.*

LORENZO. Señora, los amagos de una erupcion se hacen cada momento mas sensibles, todos los criados de la quinta se han marchado ya, el cielo empieza á tomar un color rojizo, el humo es mas denso cada vez, se ha dejado oir algun rujido, el aire es sofocante...

TERESA. Si, tienes razon, me ahogo, oh! me ahogo!

LORENZO. Señora, creo que seria bueno despertar al señor conde y ponernos en camino, partir cuanto antes...

TERESA. (*Levantando la cabeza*) Partir! él! (*Volviendo en sí*) Ah! tienes razon. Vete, Lorenzo, vete. No tardaremos nosotros en seguirte. El volcan amenaza siempre dos ó tres dias antes. Tenemos tiempo de sobra.

LORENZO. Pero, señora...

TERESA. Vete á Nápoles á disponer la casa, á arreglarlo todo, que lo hallemos todo corriente á nuestra llegada.

LORENZO. Quiere V. que despierte al señor conde?

TERESA. No; márchate.

LORENZO. Bueno, me marcharé, pero creame V. señora, despierte V. al señor conde y partan V. cuanto antes. El volcan se presenta esta tarde muy amenazador. No creo que pasemos esta noche sin que le veamos hacer alguna de las suyas. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

TERESA. SAN LUIS *siempre durmiendo.*

TERESA. *Iré muy pronto á Paris para estrecharte en mis brazos!* Oh! no, no irá, no quiero que vaya! Es posible que le haya escrito esto? Y donde? aquí, en este gabinete mismo, testigo de nuestras horas de placer, de nuestros dias de embriaguez, en este gabinete donde tantas veces sentada sobre sus rodillas, dejando que el cierzo de la noche azotara contra sus encendidas mejillas mis flotantes rizos, enlazados mis brazos á su cuello, he murmurado en sus oidos palabras de amor y de cariño que le han hecho estremecer de gozo y palpitar de emocion. Aquí, donde cada objeto es un anciano amigo que ha presenciado nuestra felicidad, aquí mismo, profanando los mas santos recuerdos, ha sido donde impudentemente ha escrito á una querida: «Iré á Paris para estrecharte contra mi corazon!» Oh! ese hombre no tiene alma, no tiene fé, no sabe lo que es amar.. amar como amo yo, con el fuego que consume mis entrañas, con el ardor que quema mi frente, con la fiebre que estremece mi cuerpo... Pero, Dios mio, que es lo que he hecho yo para sufrir tanto? Bien lo sabeis, Señor, le amaba como es dado amar á una mísera mujer; por él os habia olvidado á vos, Dios mio! Por él hubiera renegado de mi alma si me lo hubiera exijido, por él... (*El conde se ajita soñoliento y murmura el nombre de Blanca. Teresa se interrumpe y permanece muda, inmovil y palida deteniendo su respiracion como si quisiera oir y como si temiese haber oido mal.*) Oh! que ha sido esto Dios mio? Su nombre ha zumbado en mis oidos... Será que me haya vuelto loca, Señor?

SAN LUIS (*soñando.*) Blanca, Blanca, espera, no... te... vayas!

TERESA. Condenacion! Hasta en el sueño le persigue su imajen, su adorada imajen. Dios mio, la cabeza se me parte! Dios mio, creo que voy á volverme loca! (*Pausa.*) «Iré á Paris á estrecharte contra mi corazon!» No, no partirá, no irá á Paris. Le mataré antes. (*Medio delirante.*) Y que importa matarle? No me ha robado mi corazon? No me ha dejado sin fé, no ha muerto mi esperanza?.. Si, le mataré, necesito un arma para matarle... No quiero que parta, no quiero que vaya á Paris! (*Recorriendo la escena en busca de un arma y parándose de pronto.*) Pero yo no puedo matarle, Dios mio! No tendria valor, no me siento con fuerza... le he amado tanto! He sido tan feliz con él!

(*Oyese un sordo y prolongado rujido, una luz sanguinea que de pronto se dibuja en los cristales ilumina fantasticamente la habitacion.*)

TERESA. Oh! que es esto? que sucede? (*Corre precipitadamente á la ventana, la abre de par en par, arroja un delirante grito de salvage júbilo, alza las manos al cielo y va apresuradamente, á postrarse de rodillas en mitad del teatro!* Ah!.. el volcan, el volcan! Gracias, Dios mio!

SAN LUIS. (*Despertando sobresaltado.*) Teresa! Teresa! Que es esto? que ha sido esto?

TERESA. (*Levantandose.*) Gustavo, prepárate para morir!

SAN LUIS. (*Mirando á su alrededor y viendo la rojiza luz estendida por las paredes del aposento.*) El volcan! el volcan! Oh! estamos perdidos.

TERESA. (*Tranquila y sarcásticamente.*) No te parece que huele á sepulcro esta estancia?

SAN LUIS. Teresa! Teresa! amor mio, es preciso huir, huir pronto... (*llamando*) Lorenzo! Maria!

TERESA. Es inutil llamarlos. Estamos solos.

SAN LUIS. Solos? como es eso?

TERESA. Les he mandado á todos á Nápoles para arreglar nuestra casa mientras yo me quedaba aquí para disponer nuestra tumba.

SAN LUIS. Teresa, que tienes? Estás desconocida. No te espanta la proximidad del volcan? (*Acercándose á la ventana.*) Dios mio! La lava empieza á brotar y pronto se estenderá por los flancos de la montaña. Teresa, Teresa, huyamos ó somos perdidos.

TERESA. No, no huiremos. Te quedarás aquí, conmigo; moriremos juntos. Qué mas quie-

res cuando comparto tu tumba. No te acuerdas? Tú me lo decias en nuestras noches de embriaguez y felicidad, no se me han olvidado tus espresiones. Te acuerdas? Decias: «vivir juntos en la misma casa, compartir entre ambos el mismo tálamo, descansar juntos en la misma tumba.» Te acuerdas, dí?

SAN LUIS. Mujer, estás perdiendo un tiempo precioso. Cada instante que ahora pasa es un siglo. Ven, sígueme. Si yo no hubiera estado dormido, nos sálvabamos.

(*El color sanguineo de las paredes va en aumento.*)

TERESA. No, si tú no hubieras estado dormido, nos perdíamos, ó me perdia yo á lo menos. Dí, y para qué quieres salvarte? para verla otra vez, no es cierto? para ir á reunirte con ella en Paris? para estrecharla contra tu corazon? para reirte en sus brazos á carcajada tendida de Teresa, de la que ha sido tu Teresa, de mí, pobre loca, que he tenido la vanidad de creer que tu corazon español era capaz de abrigar amor por una italiana!

SAN LUIS. Que estás diciendo, esposa mia? Que palabras son estas? Porque me hablas así?... Esplícate... Dios mio! si estará loca esa mujer!

TERESA. Loca, sí, Gustavo, loca de amor, de celos, de desesperacion, de rabia! Afortunadamente me he acordado de tus palabras y he querido cumplir tus deseos. Hemos dormido en el mismo lecho, descansaremos en la misma tumba. Oh! mucho la amabas á esa mujer cuando querias abandonarme, pero mira, ya ese mar de lava te separa; vete ahora á reunir con ella, vete á Paris á estrecharla contra tu corazon.

SAN LUIS. Dios mio! Dios mio! está loca, loca enteramente! Y en que momento, señor!

TERESA. (*Sacando un medallon de su pecho.*) Ah! se me olvidaba! No quiero que mueras sin haber visto su regalo, me comprometí á dártelo.. Aquí lo tienes.

SAN LUIS. (*contemplando el medallon.*) El retrato de mi madre! de mi madre querida!

TERESA. (*Abalanzándose á él.*) Que es lo que has dicho, Gustavo? De quien es ese retrato, responde, respóndeme por piedad!

SAN LUIS. De mi madre; pero como está en tus manos?

TERESA. (*Sin atender á su pregunta.*) Pues entonces, esa Blanca, esa Florencini, esa actriz, esa cantante, que se yo!.. dime, quien es? Oh! dímelo como si le hablaras á Dios, dímelo... Quien es?

SAN LUIS. Mi hermana! mi pobre hermana!

TERESA. Condenacion! Condenacion eterna!

SAN LUIS. Vida mia, Teresa!...

(*Nuevo y prolongado ruido.*)

SAN LUIS. Oh! ven, huyamos, ven, aun es tiempo quizá.

TERESA. No, Gustavo, no; vete, huye tú solo. Yo debo quedarme, debo morir, estoy maldita de Dios y de los hombres!

SAN LUIS. Tu razon se estravia.

TERESA. Oh! perdon, Gustavo, perdon. Los celos me mataban, la desesperacion me habia vuelto loca, sentia destrozarse mi pecho á impulsos de una pasion desconocida, creia que ella era tu querida y... ya lo ves, y... quise matarte. Pero vete, huye, todavia es tiempo, eres hombre, puedes salvarte, yo... yo no puedo, no. Déjame morir... Quiero morir!

SAA LUIS. Teresa, no te entiendo, no sé lo que dices, no quiero entenderte. Solo pienso en el volcan, en la lava que nos amenaza. ¡Teresa, vida mia. . Oh! tiembla el suelo bajo mis pies.. No oyes? Dios mio! se abren las paredes Teresa, huyamos! por piedad huyamos!

TERESA. El volcan correrá mas que nosotros... y sin embargo, yo no quisiera morir, no!... Ahora menos que nunca. Ven, Gustavo, huyamos. (*Nueva y mas cercana detonacion.*)

SAN LUIS. Oh! No es tiempo ya.

(*Corren apresurados hácia la puerta de la derecha y desaparecen por ella. El color rojizo que ha iluminado el teatro durante esta escena toma mayor incremento. Teresa y Gustavo, en brazos uno de otro, pálidos y desesperados vuelven á salir precipitadamente. San Luis se arroja á la ventana como si quisiera encontrar por ella salvacion. Teresa se desprende de sus brazos y cae de rodillas en mitad de la escena.*)

SAN LUIS. Es imposible, imposible! las olas de fuego baten ya los muros de la quinta; estamos perdidos enteramente!

TERESA. (*De rodillas.*) Oh! Señor, mi Dios, salvadle á él aunque muera yo.

SAN LUIS. (*corriendo desesperadamente por la escena.*) Oh! una puerta, un paso cualquiera, una salida Díos mio! (*Reparando de pronto en la puerta lateral de la izquierda.*) Ah! por aquí. ven, Teresa, aun nos queda una esperanza. Esta puerta da al campo. Ven!

TERESA. Oh! protejednos, Dios mio!

(*Oyese un violento crujido; hacese mas viva la luz del volcan; se abren las paredes del fondo y dejan ver el Vesubio vomitando llamas y las ruinas de la quinta en las cuales se estrellan las olas de un mar de destructora lav. Un grito terrible y supremo indica que los e- posos han encontrado su muerte en el cami donde pensaban hallar su salvacion.*)

TERESA LUIS. Ah!

FIN DEL DRAMA.

ıe